





Michel Djerzinski^[1]

Caja de escalas para épocas de extremos


Esta selección de textos muestra el gradiente dimensional de los fenómenos que hoy diseñan el ambiente en el que vivimos. Los encartes podrían ser muy extensos. Hemos optado por una clasificación improductiva, fruto de una ordenación extemporánea que poco tiene que ver con la naturaleza o el significado de cada una de ellas: el azar. ...Pero precisamente, sea esa una dimensión central para las escalas del mundo que se trata de medir con ellas.


Y así:

 Decir vivimos en el imperio significa que todos los paradigmas sobre los cuales hemos construido, sobre los que el movimiento obrero ha construido sus dinámicas, sus posibilidades de ruptura, o sólo aún simplemente sus reformas, los tejidos y las dimensiones sobre los que se fueron construyendo las formas de organización, etc., todo ello ha cambiado. Todo ello terminó. Para mí existe una profunda consonancia entre la dimensión del imperio y la de las multitudes. Decir multitudes es interpelar una suerte de amontonamientos generales, una posibilidad de ruptura en el ser social; y decir imperio implica decir que las formas políticas se colocan en esta escala. Es inútil continuar declamando que existe una globalización de la economía; lo que hay que comenzar a decir es cuáles son las formas de organización políticas y jurídicas, en fin, cuáles son las formas de desarrollo que el capital, de manera consciente, impone a esta nueva realidad. Y, por otra parte, cuáles son, desde esta perspectiva, las formas que asume lo que podríamos denominar el deseo de liberación. El verdadero problema es decir: estamos aquí - la multitud^[2].


 Un mundo organizado en torno a grandes aglomeraciones difusas de funciones económicas y asentamientos humanos disemi-

nados a lo largo de vías de transporte, con zonas semirurales intersticiales, áreas periurbanas incontroladas y servicios desigualmente repartidos en una infraestructura discontinua. Lo global podría organizarse en torno a centros direccionales, tecnológicos y residenciales de élite conectados entre sí por comunicaciones de larga distancia y redes electrónicas, mientras que la población podría individualizar su hábitat en la difusión urbana descrita, o agruparse en comunidades defensivas de ideología casi tribal para asegurar su supervivencia en un mundo estructurado globalmente en su centro y desestructurado en múltiples periferias. Los tonos de ciencia ficción de nuestro discurso intentan tan sólo llamar la atención del lector sobre un proceso en marcha, inscrito en la lógica del potente sistema tecnoeconómico emergente, pero que en modo alguno es una fatalidad^[3].

 En el ámbito del espacio parece que existe un equivalente del capital financiero, o un fenómeno sin duda íntimamente relacionado, que es la especulación del suelo, fenómeno que tal vez encontrará su radio de acción en las zonas rurales en el pasado -en la apropiación de las tierras nativas americanas, en la adquisición de tramos inmensos para el ferrocarril, en el desarrollo de áreas suburbanas, además de la privatización de los recursos naturales- pero que en nuestros días reviste un carácter predominantemente urbano y ha regresado a las grandes ciudades, o lo que queda de ellas, a probar fortuna^[4].


 La tendencia masiva a la dispersión espacial de las actividades económicas a nivel metropolitano, nacional y global que asociamos con la globalización ha contribuido a la demanda de nuevas formas de centralización territorial de la administración de alto nivel y del control de las operaciones. Los mercados nacionales y globales, al igual que las organizaciones integradas en

la globalización, requieren lugares centrales donde el trabajo de la globalización se lleve a cabo. Las industrias de la información precisan una gran infraestructura física que contenga nodos estratégicos con alta concentración de facilidades. Hay que distinguir entre la capacidad para la transmisión global y las condiciones materiales que la hacen posible. Finalmente, incluso las más avanzadas industrias de la información requieren de un proceso que está unido al lugar debido a la combinación de los recursos que se precisan incluso cuando los resultados son hipermóviles. Ello nos permite entender las ciudades como lugares de producción para las industrias de la información dominantes y nos posibilita recuperar la infraestructura de actividades, empresas y empleos, necesaria para desarrollar la economía corporativa avanzada^[5].

 ¿Un planeta como patria? Sí, ese es nuestro arraigo en el cosmos.

Sabemos en adelante que el pequeño planeta perdido es algo más que un lugar común a todos los hombres. Es nuestra casa, home, heimat, es nuestra patria, y, más aún, nuestra Tierra-Patria. Hemos aprendido que nos convertiríamos en humo, entre los soles y quedaríamos congelados para siempre en los espacios. (...) Aquí, en nuestra casa, están nuestras plantas, nuestros animales, nuestros muertos, nuestras vidas, nuestros hijos. Es preciso conservar, es preciso salvar la Tierra-Patria.

La comunidad de destino terrestre se nos aparece entonces en toda su profundidad, su amplitud y su actualidad^[6].

 En todas las artes del diseño se está experimentando una transición paradigmática de formas de producción mecánicas a otras de naturaleza electrónica, de una época de técnicas de interpretación a otra de mediación. La reproduc-

ción mecánica (fotografía) es distinta de la reproducción electrónica (facsimilar): en aquélla puede tener lugar una transformación -y por tanto una interpretación- entre el original y la reproducción, mientras que en ésta no se produce ningún cambio, es decir, no hay interpretación, y en este sentido cabría decir que la reproducción electrónica carece de esencia. Aunque en ambos casos resulta cuestionado el valor original, la reproducción mediática plantea un sistema de valores diferente debido precisamente a que no implica la menor interpretación. Los sistemas mediáticos actuales no solo socavan la esencia y la aureola del original, sino también los de la propia realidad. Ámbitos mediáticos como la publicidad y realidades sintéticas como *Disney World* han adquirido una fuerza tan grande, que cabría decir que conforman una nueva realidad. Mientras que en otros tiempos la arquitectura servía de base de la realidad -ladrillos y mortero, casa y hogar, estructura y cimientos, eran las metáforas que fijaban nuestra realidad- hoy día no está claro qué es lo que constituye la realidad^[7].

« No es falta ni mérito nuestro el que vivamos en una época en la que el apocalíptico final del hombre se ha convertido en algo cotidiano. No necesitamos estar en las tempestades de acero, bajo la tortura o en campos de exterminio, ni vivir en la cercanía de tales excesos para darnos cuenta de cómo el espíritu de las situaciones extremas se abre paso en lo más íntimo del proceso civilizatorio. El destierro, esto es, el sentirse expulsado de los hábitos de la ilusión humanista es el principal acontecimiento lógico del presente, del cual no es posible sustraerse ya refugiándose en la buena voluntad. Pero las consecuencias de este destierro llegan más lejos... mina la entera relación que Heidegger había designado como un "habitar del hombre en el mundo"^[8].

« ... vivir, esto es: trabajar, amar, dolernos de nuestros propios males y de los ajenos, acompañar el sentimiento de quien pierde un ser amado, sentirnos indefinidamente vivos por ahora, ya que nadie asistió a su propio nacimiento ni vivirá su propia muerte; bueno será que nos encomendemos más o menos confiadamente a los demás y a las instituciones políticas. Quizás no haya que arreglar definitivamente -y si en cambio muchos parches que seguir poniendo-, ni haga falta tampoco un Dios que venga a salvarnos. Quizás baste con impedir que nadie nos quiera arreglar la vida. Quizás baste con vivir y narrar historias, con minúscula, las historias en las que nos vamos haciendo, y que nos van haciendo a fuerza de desvivirnos por ellas. Pero vivirla como si cada instante pudiera ser el último, irreplicable^[9].

« La arquitectura negocia con metadiscurso y tiene que habérselas no con materiales físicos, sino con repertorios de significación. Queda claro que la arquitectura no actúa en lugares capaces de ser fijados por el realismo inocente de la geografía, sino que su despliegue consiste, sobre todo, en topo-logías, en lugares mentales en los cuales la geometría, la dimensión y el número son siempre algoritmos representativos de nociones, ideas y conceptos.

La explicación habitual del mito narrado por Vitruvio sobre el origen de la arquitectura ha traicionado, casi siempre, la parte fundamental de su definición. El mito de la cabaña primitiva construida por los hombres que dejan de ser nómadas, en un claro del bosque, ha dado pie a la idea de que la arquitectura, negociando con piedras, ramas y hojarascas, tenía por objeto el montaje físico y material de estos refugios. Pero son pocos, los que superando la pereza, han seguido leyendo el Libro I de Vitruvio y, unas líneas más

adelante, han comprobado, que para el arquitecto romano, aquella construcción no se definía por la materialidad de sus componentes físicos, sino por el hecho de que la arquitectura era, debía ser, el lugar en el que se produciría el nacimiento del fuego y de la palabra^[10].

« Y si, por azar, en los intervalos entre estos trabajos y semejantes pensamientos, juega distraídamente a plegar sobre sí misma una hoja varias veces, verá, estupefacto que no son necesarias demasiadas operaciones para alcanzar, rápidamente, un grosor que supere la distancia de la Tierra a la Luna, lo que Cyrano de Bergerac, que lo sabía todo, ignoraba con seguridad. Para colmar el hiato de lo muy pequeño a lo inmenso, el gesto de aplicación vale más que muchos otros. El pliegue implica el volumen y comienza a construir el lugar, claro, pero por multiplicación o multiplicidad, su plegadura acabará llenando el espacio.

En la implicación, me refiero a la acción de plegar, no al contenido lógico ordinario de la operación: reside el secreto del gigantismo y de la miniaturización, de la enorme información oculta en el pozo de un lugar minúsculo o que brota de él: dos metros de ADN desaparecen en una célula más estrecha que la cabeza de un alfiler y dos pulmones, desplegados, no tendrían bastante con la superficie del departamento de los Alpes. Quien haya visto, deslumbrado, una aurora boreal, habrá podido estimar la inmensidad del cielo en el número y la amplitud de los pliegues de las velas magnéticas desplegadas sobre él.

Hacia lo pequeño o en lo grande el pliegue permite pasar del lugar al espacio^[11] **N**

1 Michel Djerzinski es autor entre otras de *Clíden Notes* (2000-2009), "Prolegómenos a la duplicación perfecta", en revista *Nature* Junio 2009, ambos citados por Michel Houellebecq en *Partículas Elementales*, Editorial Anagrama, Barcelona 2002.

2 Vacarme, *Entrevista a Toni Negri octubre del 2000*, sobre el libro *Imperio*, Antonio Negri y Michael Hardt, Paidós: Madrid, 2002, traducción de Marcelo Matellanes, Profesor Titular de Economía Internacional, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

3 Jordi Borja y Manuel Castell, *Local y global*. Taurus: Madrid, 1997, pp.13-14.

4 Frederic Jameson, "El ladrillo y el globo: arquitectura, idealismo y especulación del suelo", en AA.VV. *Paisajes después del muro*. Península: Barcelona, 1999, pp. 193-194.

5 Saskia Sassen, "Urban Economies an Fadin Distances", en rev. *Lotus*, nº110, Editorial Electa, Milan 2001.

6 E. Morin y AB. Kern, *Tierra y Patria*. Kairós: Barcelona, 1993, p. 224-225.

7 Peter Eisenman, "Sucesos desplegados", en J. Cray y

S. Kwinter, *Incorporaciones*. Cátedra: Madrid, 1996, p. 359.

8 Peter Sloterdijk, "El hombre auto-operable", en rev. *Sileno*, 11, Diciembre 2001, p. 81.

9 Félix Duque, *Filosofía para el fin de los tiempos*. Akal: Madrid, 2000, p. 234.

10 Ignasi de Solá-Morales, "Removiendo la superficie en Y. Conde", *Arquitectura de la indeterminación*. Actar: Barcelona, 2000, p. 6-7.

11 Michel Serres, *Atlas. Espacio por multiplicación, lugar por implicación*. Cátedra: Madrid, 1994, p. 46.